

1

Turismo y movilidad

Eugenia Afinoguénova

1.1. Una palabra itinerante

Los filósofos, escribe Ludwig Wittgenstein, crean problemas teóricos cuando el significado de los conceptos que utilizan se aleja del lenguaje cotidiano sin que ellos dejen de confiar en este uso común (Moi, 2017). Si esto fuera cierto, la palabra *turismo* podría ser causante de más de un problema en el ámbito filosófico, científico y cultural, ya que desde principios del siglo XIX, cuando en Inglaterra se registró el primer uso del término *tourism*, el uso cotidiano de la palabra no ha cesado de transformar sus significados. Las prácticas englobadas bajo el concepto de *tourism*, un término para designarlo que fue adoptado por todos los idiomas europeos, tienen su origen en la tradición del *Grand Tour* de los siglos XVII y XVIII: el viaje iniciático a los orígenes de la civilización occidental, a la Europa del sur, inventado por los británicos de clase alta y, más tarde, imitado por otras élites del norte de Europa. Según la etimología establecida, la palabra *tour* viene del instrumento que los griegos antiguos usaban para trazar un círculo. Existe, sin embargo, otra explicación etimológica que fecha la palabra *tour* en la época de Carlos V. Según esta versión, deseoso de compensar a los que apoyaban la campaña que le convertiría en emperador, el entonces duque de Borgoña dio a la familia francesa de la Tour el monopolio del tráfico a través de La Manche (Leiper, 1979: 390 y 1983: 277-280). Mientras la etimología tradicional nos ayuda a distinguir a los *tourists* (turistas) de los migrantes y otros sujetos en tránsito que no regresan a casa, en este otro relato de los orígenes del

término, el negocio se mezcla con el tráfico de influencias y la lucha por el poder más allá de los Estados nación modernos.

Estos significados latentes de *tour* y *tourism* se hicieron más palpables con el paso del tiempo. Así, en la década de los años noventa del siglo XIX, cuando la actividad viajera tuvo que hacer frente a la competencia de un nuevo pasatiempo –el cine–, la palabra *tourism* apuntaba ya tanto a la actividad de los turistas como a la nueva industria que, según empezaban a creer los empresarios y los gobiernos que los apoyaban, iba a tener un futuro prometedor. En la época contemporánea, los empresarios suizos fueron los primeros en devolver al concepto la sintonía entre el negocio particular y la promoción estatal. Estas connotaciones no tardaron mucho en llegar a la península ibérica. En 1903, el empresario catalán Bartolomé Amengual ya hablaba de la necesidad de unir el apoyo oficial y los intereses del negocio en el libro *La industria de los forasteros*, que también contenía un programa de política turística para un Gobierno central con delegaciones regionales y locales (Moreno Garrido, 2007: 63-64). Y si Amengual todavía hablaba de la “industria de los forasteros”, fue el Gobierno de España el primero del mundo en convertir el turismo en una industria y un sector de política estatal al crear en 1905 la Comisión Nacional para Fomentar las Excursiones Artísticas y de Recreo del Público Extranjero (1905-1911).

Ahora bien, en un principio, ni la política ni la industria se llamaban *turísticas* en español. Los primeros organismos locales de apoyo a la industria fundados en San Sebastián (1903) y Mallorca (1905) seguían la tradición francesa de sindicatos, o comités, de atracción de los forasteros. Similares organizaciones cívicas fundadas en Barcelona y Zaragoza en 1908, en Madrid, Cádiz y Tarragona en 1910, en Murcia en 1911, en Burgos y Valencia en 1912, etc., se referían al “excursionismo y a la atracción de los forasteros” (Moreno Garrido, 2007: 125-137). Hasta la creación en 1911 del siguiente organismo estatal, la Comisaría Regia de Turismo y Cultura Artística Popular, dirigida por Benigno de la Vega Inclán, no se empleó la palabra *turismo* para referirse a un elenco de prácticas, políticas y negocios relacionados con el turismo. Sabiendo lo que hoy sabemos sobre el sistemático, aunque no oficial, apoyo financiero que Archer Milton Huntington, el mecenas estadounidense y el gran entusiasta de lo español, prestaba a las iniciativas del marqués de la Vega Inclán, es muy probable que el cambio de vocablo haya tenido que ver con la apertura de la idea del turismo hacia el modelo de una industria cultural transatlántica que surgía en los EEUU (Lenaghan, 2014: 161-182 y Moreno Garrido, 2017: 193-204). Para 1928, cuando apareció la primera estructura nacional con su red de sedes centrales y regionales –el Patronato Nacional de Turismo (PNT)–, el significado del *turismo* como práctica individual o colectiva de ocio y aprendizaje cultural, política estatal y negocio ya estaba tan arraigado que no costó nada ligarlo al proyecto de la construcción de un Estado nación promulgado por la *dictablanda* de Miguel Primo de Rivera (Moreno Garrido, 2004: 148). Debido a la actua-